

ellos, en favor del duque de York. La intriga de Saint-Maló no se logró, y retirándose á Saint-Brieuc detuvieron en esta costa la escuadra que conducía los cuadros de los emigrados, enviando inmediatamente emisarios á Tinteniach y Lantivy, que sabían habían desembarcado, para obligarles á que pasasen á Saint-Brieuc. Su objeto era formar así en el Norte de la Bretaña una contraexpedición más segura en su opinión que la de Puisaye en el Mediodía.

Tinteniach había desembarcado felizmente, y después de tomar varios puestos republicanos llegó á Elvén, donde encontró la orden que le prevenía, en nombre del rey, dirigirse á Coetlogón para recibir nuevas instrucciones. En vano objetó el cumplimiento de la comisión de Puisaye, y la necesidad de no frustrar un plan alejándose del sitio indicado, y sólo cedió con la esperanza de poder hallarse el 16 detrás de Santa Bárbara, por medio de una marcha forzada. Jeán-Jeán y Lantivy, desembarcados también felizmente, disponíanse á marchar hacia Baud, cuando hallaron á su vez la orden de dirigirse sobre Saint-Brieuc. En este intervalo, Hoche, hostigado por retaguardia, vióse precisado á enviar nuevos destacamentos para contener á las partidas cuya marcha acababa de saber; pero dejó en Santa Bárbara tropa suficiente para resistir un ataque á viva fuerza. Inquietábanle mucho las lanchas cañoneras inglesas, que abrasaban á sus tropas apenas se presentaban en la Cortada, y solamente contaba con el hambre para someter á los emigrados.

Puisaye, por su parte, preparábase para la jornada del 16 (28 mesidor). El 15 llegó una nueva división naval á la bahía: era la que había ido á buscar á las desembocaduras del Elba los regimientos de emigrados á sueldo de Inglaterra, conocidos con el nombre de regimientos de la escarapela negra: conducía las legiones de Salm, Damas, Beon y Perigord, reducidas en total á mil cien hombres, por las pérdidas de la campaña, y mandadas por un jefe distinguido, Mr. de Sombrevil. En esta escuadra iban nuevos socorros en víveres y municiones, y traía la noticia de que iban á llegar tres mil ingleses al mando de milord Graham y muy próximamente el conde de Artois con fuerzas considerables. Una carta del ministerio inglés decía á Puisaye que los cuadros estaban detenidos en la costa del Norte por los agentes realistas del interior, que querían, según aseguraban, entregarles un puerto. Otro despacho, llegado al mismo tiempo, daba por terminada la diferencia que se suscitó entre d'Hervilly y Puisaye, concediendo á este último el mando absoluto de la expedición y confiriéndole además el título de teniente general al servicio de Inglaterra.

Puisaye, dueño del mando, preparólo todo para la jornada del día siguiente. Hubiera preferido diferir el ataque proyectado, á fin de dar á la división de Sombrevil el tiempo necesario para su desembarco; pero habiéndose fijado todo para el 16, indicándose á Tinteniach este día, no podía diferirlo. En la noche del 15 mandó á Vaubán que fuese á desembarcar en Carnac con mil doscientos chuanes, para llamar la atención en la extremidad del campamento de Santa Bárbara y unirse á los demás cuando atacasen la retaguardia del enemigo. Tardóse mucho en preparar los barcos, y Vaubán no pudo embarcarse hasta media noche. Tenía

orden de disparar un cohete si lograba desembarcar, y dos si no conseguía ganar la orilla.

El 16 de julio (28 mesidor), al rayar el día, Puisaye salió de la península con todas las tropas disponibles, formadas en columnas. El valeroso regimiento del Leal Emigrado iba á la cabeza con los artilleros de Rothalier, por la derecha avanzaban los regimientos de Marina Real y de Dresnay, con seiscientos chuanes mandados por el duque de Levis. El regimiento de d'Hervilly y mil chuanes á las órdenes del caballero de San Pedro ocupaban la izquierda. Estos cuerpos reunidos formaban un total de unos cuatro mil hombres. Cuando avanzaban por la Cortada vieron un primer cohete lanzado por el conde de Vaubán, y como no divisaran el segundo, creyeron que aquel jefe había conseguido su objeto. Continuando entonces su marcha, no tardaron en oír como un lejano rumor de fusilería. «¡Es Tinteniach, exclamó Puisaye, adelante!» Avanzan entonces á paso de carga, y diríjense contra las trincheras republicanas. La vanguardia de Hoche, mandada por Humbert, hallábase situada delante de las alturas de Santa Bárbara: al acercarse el enemigo, repliéjase y vuelve á sus líneas, y los sitiadores avanzan con la mayor alegría; pero de repente un cuerpo de caballería hace un movimiento y descubre baterías formidables. Los emigrados son recibidos por un fuego de fusilería y artillería; la metralla, las balas y las bombas llueven sobre ellos. A la derecha, los regimientos de Real Marina y de Dresnay pierden filas enteras sin retroceder; el duque de Levis recibe una grave herida á la cabeza de sus chuanes: en la izquierda, el regimiento de d'Hervilly avanza valerosamente contra el fuego, pero la fusilería que se creyó oír á la espalda y en los lados no resuena ya. Ni Tinteniach ni Vaubán deben haber atacado y no queda esperanza de apoderarse de la posición. En aquel instante, el ejército republicano, infantería y caballería, sale de sus atrincheramientos, y viendo Puisaye que no hay más remedio que dejarse matar, india á d'Hervilly que dé en la derecha la orden de retirada, mientras él lo hará en la izquierda. De repente, d'Hervilly, que arrostraba el fuego con la mayor intrepidez, recibe un balazo en medio del pecho, y encarga á un ayudante de campo la transmisión de la orden; pero este oficial desaparece á su vez arrebatado por una bala de cañón. No estando, pues, advertidos, el regimiento de d'Hervilly y los mil chuanes del caballero de San Pedro continuaban avanzando bajo aquel fuego espantoso. Mientras se toca retirada en la izquierda, óyese el paso de carga á la derecha: la confusión y carnicería son horribles: la caballería republicana, cayendo sobre el ejército emigrado, lo rechaza en desorden hasta la Cortada; los cañones de Rothalier, retenidos en la arena, son tomados al punto; y después de haber hecho prodigios de valor, todo el ejército huye hacia el fuerte de Penthièvre. Los republicanos le persiguen presurosos, y van á entrar en el fuerte con él; pero un inesperado auxilio le libra de la persecución de los vencedores. Vaubán, que debía hallarse en Carnac, está en la extremidad de la Cortada con sus chuanes y el comodoro Waren: los dos montan lanchas cañoneras, y dirigiendo contra el enemigo un fuego violento, contienen á los republicanos, salvando así una vez más al desgraciado ejército de Quiberón.

Resulta, pues, que Tinteniach no había parecido; Vaubán, desembarcando demasiado tarde, no pudo sorprender á los republicanos; y como no le secundaban sus chuanes, quienes humedecían sus fusiles en el agua para no batirse, hubo de replegarse cerca del fuerte; su segundo cohete, lanzado en medio del día, no fué visto; y á esto se debía que Puisaye, engañado en todas sus combinaciones, sufriese tan espantosa derrota. Todos los regimientos acababan de sufrir terribles pérdidas; el de la Marina Real, que tenía unos setenta y dos oficiales, dejó en el campo cincuenta y tres; las bajas de los otros eran proporcionadas.

Preciso es reconocer que Puisaye había procedido con mucha ligereza para tomar el campamento. Cuatro mil hombres que se proponían atacar á diez mil sólidamente atrincherados, debían asegurarse de una manera cierta que todas las combinaciones preparadas producirían su efecto. No bastaba citar á unos cuerpos, que tantos obstáculos debían vencer, confiando que llegarían al punto y tiempo designados; era preciso convenir en una señal, en un medio cualquiera, para convenirse de la ejecución del proyecto. Puisaye, aunque engañado por el ruido del lejano tiro, no obró en aquel caso con bastante precaución. En cuanto á lo demás, dió suficientes pruebas de bravura á los que aparentaban sospechar que carecía de ella, porque no podían negar su talento.

Fácil es comprender por qué Tinteniach no se había presentado. Encontró en Elvén la orden de ir á Coetlogón, y obedeció á ella, confiando en que el tiempo perdido lo recobraría por una marcha forzada. En dicho punto halló unas mujeres encargadas de transmitirle la orden de marchar sobre Saint-Brieuc: eran los agentes opuestos á Puisaye, que usando el nombre del rey, como lo hacían siempre, querían que los cuerpos destacados por Puisaye concurriesen á la contraexpedición que meditaban sobre Saint-Maló ó Saint-Brieuc. Mientras se discutía sobre esta orden, el castillo de Coetlogón era atacado por los destacamentos que Hoche lanzó en persecución de Tinteniach: éste último, acudiendo presuroso, cayó muerto de un balazo en la frente, y su sucesor en el mando consintió en marchar sobre Saint-Brieuc. MM. de Lantivy y Jeán-Jeán, desembarcados en los alrededores de Quimper, hallaron órdenes semejantes; los jefes se habían dividido; y ante esa confusión de órdenes y planes, sus soldados, descontentos ya, se dispersaron al fin. Así es como ninguno de los cuerpos enviados por Puisaye para llamar la atención pudo llegar al punto de su destino. La agencia de París impidió con sus proyectos que Puisaye reuniera los cuadros que tenía en la costa del Norte y los dos destacamentos que no pudieron dirigirse á Baud el 14, privándole así del concurso de todos los jefes á quienes había significado la orden de no practicar movimiento alguno.

Encerrado en Quiberón, Puisaye no tenía ya ninguna esperanza de salir para marchar hacia adelante; quedábale sólo la de volver á embarcarse antes de que á ello le obligara el hambre para intentar un desembarco más feliz en otra parte de la costa, es decir, en la Vendée. Esto era lo que deseaban los emigrados: el nombre de Charette les infundía la esperanza de hallar en dicho punto un gran general á la cabeza de un brillante ejér-

cito, y complacía sobre todo que la contrarrevolución se realizase por otro jefe que no fuera Puisaye.

Entretanto, Hoche examinaba aquella península, buscando el medio de penetrar en ella. Hallábase defendida al frente por el fuerte de Penthièvre y en los lados por las escuadras inglesas. No debía pensarse en hacer un desembarco; tomar el fuerte por medio de un sitio regular era igualmente imposible, pues sólo podía llegarse por la Cortada, siempre barrida por el fuego de las cañoneras. Los republicanos, en efecto, no podían practicar un reconocimiento sin ser ametrallados; y de consiguiente, sólo una sorpresa nocturna ó el hambre permitirían á Hoche hacerse dueño de la península. Una circunstancia le indujo á intentar una sorpresa por peligrosa que fuera. Los prisioneros alistados casi á pesar suyo en los regimientos emigrados no hubieran permanecido fieles sino en caso de triunfo; su interés más poderoso, aunque careciesen de patriotismo, les inducía á pasarse á un enemigo vencedor, que iba á tratarlos como desertores si los cogía con las armas en la mano. Presentábase en tropel en el campamento de Hoche durante la noche, diciendo que no se habían alistado sino para quedar libres, y le indicaron un medio de penetrar en la península. A la izquierda del fuerte de Penthièvre había una roca; y penetrando en el agua hasta el pecho, y dando la vuelta por el circuito de aquella, encontrábase después un sendero que conducía á la parte superior del fuerte. Los desertores habían asegurado en nombre de sus compañeros de la guarnición que ayudarían á abrir las puertas.

Hoche no vaciló, á pesar del peligro de semejante tentativa; formó su plan según las indicaciones obtenidas y resolvió tomar la península á fin de apoderarse de toda la expedición antes que tuviera tiempo de embarcarse. En la noche del 29 de julio (2 termidor) el cielo estaba sombrío, y Puisaye y Vaubán acababan de destacar patrullas para preservarse de un ataque nocturno.

«Con semejante tiempo, dijeron á los oficiales, no nos harán fuego los centinelas enemigos.» Todo les pareció muy tranquilo, y retiráronse á descansar con toda seguridad.

Ya estaban hechos los preparativos en el campamento republicano: á media noche, poco más ó menos, Hoche se pone en movimiento con su ejército: el cielo estaba cubierto de negras nubes, y un viento muy fuerte levantaba las olas, apagando con sus sordos mugidos el ruido de las armas y de los soldados. Hoche dispone sus tropas en columnas en la Cortada; confía después trescientos granaderos al ayudante general Menage, joven republicano de un valor heroico, y le ordena avanzar por la derecha, penetrar en el agua con sus granaderos, dar vuelta á la roca en que se apoyan los muros, franquear el sendero, y tratar de introducirse en el fuerte. Tomadas estas disposiciones, aváncase con el mayor silencio; algunas patrullas, á las cuales se habían dado uniformes rojos, tomados de los muertos en la jornada del 16, y que conocían ya el santo y seña, burlan la vigilancia de los centinelas avanzados; acércanse sin ser reconocidos, y Menage penetra en el mar con sus trescientos granaderos sin que se oiga el ruido que hacen al agitar las aguas, pues le domina el del viento. Algunos caen y vuelven á levantarse, mientras que otros se

hunden en el abismo. Por último, de roca en roca siguen á su intrépido jefe y logran franquear el sendero que conduce al fuerte. Hoche llega entretanto á la vista de los muros con sus columnas; pero de repente, los centinelas reconocen á una de las falsas patrullas; divisan en la obscuridad una gran sombra que se mueve, y acto continuo hacen fuego, dando la alarma. Los artilleros toloñeses corren á sus piezas, y hacen llover la metralla sobre las tropas de Hoche, que desordenadas desde luego, confúndense y se disponen á huir, pero en el mismo instante llega Menage á la parte superior del fuerte. Los soldados cómplices de los sitiadores corren á las almenas, presentan la culata de sus fusiles á los republicanos y los introducen. Todos caen entonces sobre el resto de la guarnición, dan muerte á los que se resisten y enarbolan al punto la bandera tricolor. En medio del desorden que las baterías enemigas han introducido en sus columnas, Hoche no cesa un momento; corre para hablar á los jefes, condúceles á su puesto, y reune su ejército bajo aquella espantosa lluvia de fuego. La obscuridad comenzaba á ser menos densa, y como divisase el pabellón republicano ondeando en el fuerte, dice á sus soldados: «¿Cómo! ¿Retrocederéis cuando vuestros compañeros han clavado ya su bandera en los muros enemigos?» Condúcelos entonces á las obras avanzadas, donde estaba una parte de los chuanes; penetran por todas partes y se hacen al fin dueños del fuerte. En el mismo instante, Vaubán y Puisaye, despertados por el fuego, acuden al lugar del desastre; mas ya no era tiempo, pues ven huir en tropel á los chuanes, los oficiales abandonados por su gente y los restos de la guarnición que ha permanecido fiel.

Hoche no se detiene en la toma del fuerte: reúne una parte de sus columnas, y avanza por la península antes que el ejército expedicionario pueda volver á embarcarse. Puisaye, Vaubán y todos los jefes se retiran hacia el interior, donde se hallan aún los restos de los regimientos de Dresnay, de la Marina Real, del Leal Emigrado, y el de d'Hervilly, así como la legión de Sombreuil, desembarcada dos días antes y compuesta de mil cien hombres. Tomando una buena posición, pues había más de una en la península, y ocupándola con los tres mil hombres de tropas regulares de que aún se disponía, era posible dar á la escuadra tiempo para recoger á los infelices emigrados. El fuego de las cañoneras hubiera protegido el embarque; pero en los ánimos reinaba el desorden, y los chuanes se precipitaban en el mar con sus familias para ganar algunas barcas pescadoras que había en la orilla y refugiarse en la escuadra, muy alejada á causa del mal tiempo. Las tropas diseminadas en la península corrían por uno y otro lado sin saber con quién reunirse. D'Hervilly, capaz de defender vigorosamente una posición, y conociendo muy bien la localidad, se hallaba mortalmente herido; Sombreuil, no conociendo el terreno, no sabía en dónde apoyarse ó retirarse, y aunque valeroso, parecía haber perdido en aquel caso la presencia de ánimo necesaria. Puisaye se acerca á Sombreuil y le indica una posición, y aquél le pregunta si ha enviado aviso á la escuadra para que se acerque, á lo cual contesta Puisaye que ha marchado un piloto hábil y fiel. No obstante, el tiempo es malo, y este piloto no llega tan pronto como lo desearían los infelices á quienes amenaza la muerte en el

mar. Las columnas republicanas se acercan; Sombreuil pregunta de nuevo á Puisaye si la escuadra está advertida, y este último acepta la comisión de volar á bordo para que se acerque el comodoro, comisión que convenía mejor á otro cualquiera, porque él era el último que debía retirarse del peligro. Una razón le decidió, la necesidad de llevarse su correspondencia, que hubiera comprometido á toda la Bretaña si llegaba á caer en manos de los republicanos. Era sin duda tan urgente salvar esta correspondencia como al mismo ejército; pero Puisaye hubiera podido enviarla á bordo en vez de ir él mismo. Se pone en camino, y llega á la escuadra al mismo tiempo que el piloto: la distancia, la obscuridad y el mal tiempo habían impedido que aquélla se apercibiese del desastre. El intrépido almirante Warren, que durante la expedición había secundado á los emigrados por todos los medios posibles, manda desplegar todas las velas, y llega al fin con sus buques á tiro de cañón en el instante en que Hoche, á la cabeza de sus setecientos granaderos, acosaba á la legión Sombreuil é iba á hacerla perder terreno. ¡Que espectáculo presentaba entonces aquella costa desgraciada! El agitado mar no permitía apenas á las embarcaciones acercarse á la orilla; muchos chuanes y soldados fugitivos penetraban en el agua hasta el cuello para ganar las embarcaciones, y ansiosos de llegar antes, acababan por ahogarse; mil infelices emigrados, viéndose cogidos entre el mar y las bayonetas republicanas, hallábanse en la dura alternativa de precipitarse en las olas ó sobre el hierro enemigo, y sufrían tanto el fuego de la escuadra inglesa como el de los mismos republicanos. Habían llegado otras embarcaciones, pero á distinto punto: en esta parte no había sino una goleta, que haciendo un fuego espantoso, contuvo un instante la marcha de los republicanos. Dícese que algunos granaderos gritaron á los emigrados: «¡Rendíos, y no se os hará nada!» Estas palabras circularon por las filas: Sombreuil quiso acercarse para parlamentar con el general Humbert; pero el fuego le impedía acercarse. Entonces, un oficial emigrado se precipita en el agua para ir á solicitar que cesase aquél; mas Hoche no quería una capitulación; conocía demasiado bien las leyes contra los emigrados para osar comprometerse y era incapaz de dar una palabra que no podría cumplir. En una carta publicada en toda Europa aseguró que no tenía conocimiento de las promesas atribuidas al general Humbert, y que él no las hubiera autorizado. Algunos de sus hombres pudieron gritar: ¡Rendíos!; pero él no ofreció ni prometió nada. Avanzó contra los emigrados, y no teniendo éstos más recurso que rendirse ó dejarse matar, abrigaron la esperanza de que se les trataría tal vez como á los vandeanos, por lo cual entregaron las armas. Con Hoche no hubo ninguna capitulación, ni aún verbal: Vaubán, que se hallaba presente, confiesa que no se hizo ningún convenio; y hasta aconsejó á Sombreuil que no se rindiera con la vaga esperanza que inspiraron los gritos de algunos soldados.

Muchos emigrados se atravesaron con su espada, precipitándose otros en las olas para ganar las embarcaciones. El almirante Warren hizo todos los esfuerzos posibles para vencer los obstáculos que ofrecía el mar, y para salvar el mayor número posible de aquellos infelices. Muchos de ellos, al ver que se acercaban las lan-

chas, entraban en el agua hasta el cuello, mientras que desde la orilla tiraban contra sus cabezas. Algunos se lanzaban sobre aquellas lanchas ya recargadas, y los que estaban dentro, temiendo ser sumergidos, cortábanles las manos á sablazos.

Alejémonos de estas escenas de horror, en que terribles desgracias castigaban grandes faltas. Más de una causa había contribuido á impedir el éxito de esta expedición. En primer lugar, habíase contado demasiado con la Bretaña: un pueblo verdaderamente dispuesto á insurreccionarse se pronuncia desde luego, como lo hicieron los vandeanos en mayo de 1793, va á buscar jefes, les suplica, los obliga á ponerse á su cabeza; pero no tolera que se le organice, no sufre dos años de opresión para sublevarse cuando aquélla ha concluído; y aunque se hallase en las mejores disposiciones, un vigilante como Hoche le impediría manifestarlas.

Puisaye alimentaba, pues, muchas ilusiones; pero era posible sacar partido de este pueblo y hallar en su seno muchos hombres dispuestos á combatir, si hubiese avanzado una división considerable hasta Rennes, rechazando ante sí al ejército que oprimía al país. Para esto habría sido necesario que los jefes de los insurrectos hubiesen estado de acuerdo con Puisaye, y éste con la agencia de París; que no se enviaran á los jefes de los chuanes las órdenes más contradictorias, recibiendo unos la de permanecer inmóviles y otros la de dirigirse á puntos opuestos á los designados por Puisaye; que los emigrados comprendiesen mejor la guerra que iban á emprender, sin despreciar tanto á los campesinos que se sacrificaban por su causa; que los ingleses no desconfiaran tanto de Puisaye ni le agregaran un segundo jefe, facilitándole, por el contrario, á la vez todos los medios que le destinaban para que acometiese la empresa con todas sus fuerzas reunidas; necesitábase sobre todo un gran príncipe á la cabeza de la expedición, por lo menos uno que fuese el primero en poner el pie en la orilla. A su vista se desvanecieran todos los obstáculos: la división de los jefes vandeanos entre sí y con el jefe bretón; de éste con los agentes de París; de los chuanes con los emigrados; de España con Inglaterra, y de todos los elementos de la empresa. Al ver al príncipe despertárase todo el entusiasmo del país, todo el mundo se sometiera á sus órdenes y contribuyera á la empresa. Hoche podía quedar envuelto, y á pesar de su talento y su vigor habríase visto retroceder ante una influencia poderosa. Ciertamente que aun quedaban detrás de él aquellos valientes ejércitos que habían vencido á Europa; pero Austria podría ocuparlos en el Rin, impidiendo que se fraccionasen. Por otra parte, el gobierno no tenía la energía del gran comité, y la revolución se hubiera visto expuesta á graves peligros. Desposeída veinte años antes, sus benéficas instituciones no hubieran podido consolidarse; inauditos esfuerzos, inmortales victorias y torrentes de sangre, todo hubiera sido infructuoso para la Francia; ó si al menos no era dado á unos cuantos fugitivos someter á su yugo á una nación valerosa, hubieran puesto en peligro su regeneración; no habrían perdido su causa sin defenderla, y cuando menos, honraban sus pretensiones con su energía.

Los discursos que formaban el partido realista lo atribuyeron todo á Inglaterra y á Puisaye. Éste, según

ellos, era un traidor, vendido á Pitt para renovar las escenas de Tolón; sin embargo, no podía negarse que Puisaye hizo cuanto pudo. Suponer que Inglaterra no hubiera apetecido triunfar, era un absurdo; pues sus propias precauciones respecto á Puisaye, la elección que hizo de d'Hervilly para impedir que los cuerpitos emigrados se comprometiesen mucho, y por último, el celo que desplegó el almirante Warren á fin de salvar á los infelices que se hallaban en la península, prueban que, á pesar de su genio político, no había meditado el crimen repugnante y cobarde que se le atribuía. Haya justicia para todos, hasta para los implacables enemigos de nuestra revolución y de nuestra patria.

El almirante Warren fué á desembarcar en la isla de Houat los desgraciados restos de la expedición, y allí esperó nuevas órdenes de Londres y la llegada del conde de Artois, que se hallaba á bordo del *Lord Moira*, para saber lo que debía hacerse. Reinaba la desesperación en aquella pequeña isla: los emigrados y los chuanes, reducidos á la mayor miseria y atacados de una enfermedad contagiosa, entregábanse á las recriminaciones, acusando amargamente á Puisaye. La desesperación era mucho mayor aún en Auray y Vannes, donde se había conducido á los mil emigrados cogidos con las armas en la mano. Hoche, después de haberlos vencido, se sustrajo á tan doloroso espectáculo para correr en persecución de la partida de Tinteniac, llamada el ejército Rojo. Nada tenía que ver con la suerte de los prisioneros. ¿Qué podía hacer por ellos? Las leyes existían, y no le era posible anularlas. Habiendo consultado al comité de salvación pública y á Tallián, éste partió en el acto y llegó á París la víspera del aniversario del 9 termidor. Al día siguiente celebrábase una fiesta en el seno mismo de la Asamblea, según las nuevas disposiciones adoptadas en conmemoración de la caída de Robespierre.

Todos los representantes iban de etiqueta; una orquesta numerosa tocaba aires patrióticos, y algunos coros entonaban los himnos de Chenier. Courtis leyó un informe sobre la jornada del 9 termidor, y Tallián dió después lectura de otro sobre el asunto de Quiberon. Observábase en él la intención de alcanzar un doble triunfo; aplaudieron vivamente sus servicios del año anterior y los que acababa de prestar en aquel momento. Su presencia, en efecto, no había sido inútil para Hoche. El mismo día se dió un banquete en casa de Tallián, donde los principales girondinos se reunieron con los termidorianos, asistiendo Louvet y Lanjuinais. Este último brindó por el 9 termidor y los valerosos diputados que habían combatido la tiranía; Tallián brindó á su vez por los setenta y tres, por los veintidós y los diputados víctimas del terror. Louvet añadió estas palabras: *Y por su unión íntima con los hombres del 9 termidor.*

Gran necesidad tenían en efecto para combatir, con sus comunes esfuerzos, á los adversarios de toda especie sublevados contra la república. La alegría fué inmensa, sobre todo al pensar en el peligro que se hubiera corrido si la expedición del Oeste hubiese llegado á concurrir con la que el príncipe de Condé había preparado hacia el Este.

Era preciso decidir de la suerte de los prisioneros: dirigiéronse muchas solicitudes á los comités; pero en

la presente situación no era posible salvarlos. Los republicanos decían que el gobierno quería llamar de nuevo á los emigrados, devolverles sus bienes, y de consiguiendo restablecer la monarquía; los realistas, siempre presuntuosos, sostenían lo mismo; aseguraban que sus amigos gobernaban, y tenían tanta más audacia cuando más se esperaba. Manifestar la menor indulgencia en aquel caso era justificar los temores de los unos y las locas esperanzas de los otros; era desesperar á los republicanos, excitando á los realistas á las más atrevidas tentativas. El comité de salvación pública ordenó la aplicación de las leyes, y ciertamente no había montañeses en su seno; pero comprendía la imposibilidad de obrar de otro modo. Una comisión establecida en Vannes recibió el encargo de separar á los prisioneros alistados á pesar suyo de los verdaderos emigrados, y estos últimos fueron pasados por las armas. Los soldados dejaron escapar á cuantos les fué posible, y perecieron muchos valientes; mas no debían extrañar su suerte después de haber encendido la guerra en su país y de ser cogidos con las armas en la mano. Menos amenazada por enemigos de toda especie, y sobre todo por sus propios cómplices, la república habría podido perdonarlos; mas no le era posible hacerlo en aquellas circunstancias. Mr. de Sombreuil, aunque oficial valeroso, cedió en el momento de su muerte á un impulso poco digno de su serenidad: escribió una carta al almirante Waren, en la cual acusaba á Puisaye con la violencia de la desesperación, habiendo encargado á Hoche que la remitiese á su destino. Aunque contenía un aserto falso, Hoche, respetando la voluntad de un moribundo, la entregó al almirante; pero después contestó con una carta al aserto de Sombreuil y le desmintió. «Yo iba, dijo, á la cabeza de setecientos granaderos de Humbert, y aseguro que no se hizo ninguna capitulación.» Todos los contemporáneos que conocieron el carácter del joven general le han juzgado incapaz de mentir, y por otra parte confirman su aserto varios testigos oculares. La carta de Sombreuil perjudicó singularmente á los emigrados y á Puisaye; y hasta pareció tan poco digna para la memoria de su autor, que se ha pretendido que eran los republicanos los que la habían supuesto, imputación propia tan sólo de las miserables habillitas de los emigrados.

Mientras que el partido realista acababa de sufrir tan terrible golpe en Quiberón, preparábasele otro en España. Moncey, entrando de nuevo en Vizcaya, había tomado á Bilbao y Vitoria, estrechando de cerca á Pamplona. El favorito que gobernaba la corte, después de rehusar desde luego las proposiciones de paz hechas por el gobierno al principio de la campaña, sólo porque no se trataba con él, decidióse á negociar y envió á Basilea al caballero Iriarte. La paz fué firmada en esta ciudad con el enviado de la república, Berthelemy, el 24 mesidor (12 de julio), en el momento de los desastres de Quiberón. Las condiciones eran la restitución de todas las conquistas hechas por Francia en España, en cambio de la cesión en nuestro favor de la parte española de Santo Domingo. Francia hacía aquí grandes concesiones por una ventaja bien ilusoria, porque Santo Domingo no era ya de nadie; pero estas concesiones fueron dictadas por la más sabia política. Francia no podía desear nada allende el Pirineo; no tenía interés

alguno en debilitar á España, y por el contrario hubiera debido; á ser posible, devolver á esta potencia las fuerzas perdidas en una lucha emprendida contra los intereses de ambas naciones.

Esta paz fué acogida con la más viva alegría por todos los que amaban á Francia y á la república. Ya había una potencia más separada de la coalición; era un Borbón quien reconocía la república, y contábase con dos ejércitos en disposición de trasladarse á los Alpes, al Oeste y al Rhin. Los realistas estaban desesperados: los agentes de París temían sobre todo que se divulgaran sus intrigas y se comunicaran sus cartas escritas en España. Inglaterra habría visto todo cuanto se decía de ella, y aunque se censurase altamente á esta potencia por el asunto de Quiberón, era la única que en adelante podría dar dinero, conviniendo por lo tanto contemporizar con ella, aunque se la engañase después, si había medio de hacerlo (1).

Los ejércitos de Jourdan y de Pichegrú alcanzaron otro triunfo no menos importante. Después de muchas demoras, habíase resuelto por último pasar el Rhin; los ejércitos francés y austriaco se hallaban en presencia uno de otro en las dos orillas del río, desde Basilea hasta Dusseldorf, siendo excelente la posición del segundo en el Rhin. Los fuertes de Dusseldorf y de Ehrenbreistein cubrían su derecha; Maguncia, Manheim y Philipsburgo su centro é izquierda; el Nécker y el Mein, tomando nacimiento no lejos del Danubio, corren paralelamente hacia el Rhin, formando dos importantes líneas de comunicación entre los Estados hereditarios, por las cuales podrían transportarse las subsistencias y que protegían los dos flancos del ejército que operase concéntricamente hacia Maguncia. El plan que debe seguirse en este campo de batalla es el mismo para los austriacos y los franceses; unos y otros, según el parecer de un gran capitán y de un célebre crítico, deben tratar de operar concéntricamente entre el Mein y el Nécker. Los ejércitos franceses de Jourdan y de Pichegrú hubieran debido esforzarse en pasar el Rhin hacia Maguncia, á poca distancia uno de otro, reunirse después en el valle del Mein, separar á Clerfayt de Würmsen y remontar entre el Nécker y el Mein, tratando de batir alternativamente á los dos generales austriacos. Estos últimos debían tratar á su vez de concentrarse para desembocar por Maguncia en la orilla izquierda. Si hallaban impedimento, si se había pasado el Rhin por otro punto, sería preciso concentrarse entre el Nécker y el Mein, impedir la reunión de los dos ejércitos franceses, y aprovechar el momento de caer sobre uno ú otro. Los generales austriacos tenían toda la ventaja para tomar la iniciativa, porque ocupaban á Maguncia, y podían desembocar cuando les conviniere sobre la orilla izquierda.

Los franceses fueron quienes tomaron la iniciativa: después de muchas tardanzas, los barcos holandeses llegaron por fin á la altura de Dusseldorf, y Jourdan se dispuso á franquear el Rhin. El 20 fructidor (6 septiembre), pasó á Eichelcamp, Dusseldorf y Neuwied, gracias á una atrevida maniobra; avanzó por Dusseldorf á Francfort, entre la línea de neutralidad prusiana y el Rhin, y llegó hacia Lahn el cuarto día complementario (20 de septiembren). En el mismo instante, Pichegrú tenía orden de intentar el paso del alto Rhin, amenazando á Manheim: esta floreciente ciudad, amenazada de un bombardeo, se rindió, contra todo lo que era de esperar, el cuarto día complementario (20 de septiembren). Desde aquel momento, todas las ventajas quedaron por los franceses; Pichegrú, apoyado en esta ciudad, debía llamar á sí todo su ejército y reunirse con Jourdan en el valle del Mein. Entonces se podría separar á los dos generales austriacos, operando concéntricamente entre el Rhin y el Nécker.

Importaba sobre todo sacar á Jourdan de su posición entre la línea de neutralidad y el Rhin, pues careciendo su ejército de los medios necesarios de transporte para sus víveres, y no pudiendo tratar al país como enemigo, le iba á faltar muy pronto lo necesario si no marchaba hacia adelante.

Así, pues, en este momento todo eran triunfos para la república: paz con España, aniquilamiento de la expedición organizada por Inglaterra en las costas de Bretaña, paso del Rhin, y ofensiva feliz en Alemania, donde contaba con todas las ventajas á la vez. A sus generales y á su gobierno correspondía aprovecharse de tantos acontecimientos felices.

Así, pues, en este momento todo eran triunfos para la república: paz con España, aniquilamiento de la expedición organizada por Inglaterra en las costas de Bretaña, paso del Rhin, y ofensiva feliz en Alemania, donde contaba con todas las ventajas á la vez. A sus generales y á su gobierno correspondía aprovecharse de tantos acontecimientos felices.

(1) El tomo V de Puisaye contiene la prueba de todo esto.